



# La señora Pinkerton ha desaparecido

Sergio Aguirre

Ilustraciones de Santiago Caruso



Norma

Aguirre, Sergio

La señora Pinkerton ha desaparecido / Sergio Aguirre. - 1a ed. 8a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2018.  
104 p. ; 20 x 11 cm.

ISBN 978-987-545-568-9

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Título.  
CDD 863.9282

© Sergio Aguirre, 2013  
© Santiago Caruso, 2013  
© Editorial Norma, 2013  
Av. Leandro N. Alem 1074, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos.  
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra  
sin permiso escrito de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación  
"N"/Norma/Carvajal ® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Primera edición: abril de 2013  
Octava reimpresión: abril de 2018

Dirección editorial: Hinde Pomeraniec  
Edición: Laura Leibiker  
Coordinación: Daiana Reinhardt  
Diagramación: Romina Rovera  
Corrección: Patricia Motto Rouco  
Ilustraciones: Santiago Caruso  
Gerencia de producción: Gregorio Branca

CC 61074621  
ISBN 978-987-545-568-9

---

## Contenido

Capítulo 1	7
Capítulo 2	11
Capítulo 3	15
Capítulo 4	21
Capítulo 5	25
Capítulo 6	31
Capítulo 7	37
Capítulo 8	43
Capítulo 9	51
Capítulo 10	57
Capítulo 11	63
Capítulo 12	67
Capítulo 13	75
Capítulo 14	79
Capítulo 15	89
Agradecimientos	103



La señora Pinkerton era conocida por su arrogancia y su pésimo carácter. Nadie le gustaba y en nadie, decía, se podía confiar. Así era ella.

Sin embargo, Edmund notaba que en esta ocasión algo más estaba sucediendo.

Su madre jamás lo había recibido con el aspecto desalentador que mostraba esa tarde: sus blancos cabellos recogidos con descuido, el rostro sin maquillaje, y cubierta con su viejo salto de cama verde, como si recién se hubiera levantado.

-Una bruja verdadera -continuó la señora Pinkerton-. ¡Y vive al lado de mi casa!

Terminó la frase con un enérgico golpe de bastón y fue hasta el otro extremo de la sala para volver mirando fijamente a Edmund con sus ojos severos:

-¿No vas a decir nada?

Edmund no abrió la boca.

Oírla decir que la señorita Larden, la mujer que se había mudado a la casa de al lado, era una bruja verdadera, lo dejaba sin palabras. ¿Por qué decía "verdadera"? Su madre podía ser orgullosa, intolerante, desconfiada, pero siempre había sido una mujer repleta de sentido común. Nunca había creído en brujas. No podía estar hablando en serio...

-¿No me crees, verdad? -preguntó ella, como si le adivinara los pensamientos.

Edmund carraspeó y se acomodó en su asiento. Tenía que responder algo, pero no



sabía qué. ¿Acaso su madre estaba perdiendo la razón?

Entonces ella continuó:

-Y ahora estás pensando que me he vuelto loca. Lo veo en tu mirada. No me lo vas a decir, pero es lo que estás pensando. Eres igual que tu padre...

Edmund decidió hablar con el mismo tono sereno que empleaba con sus alumnos de la universidad cuando se ponían difíciles:

-En todo caso me gustaría saber por qué afirmas que la señorita Larden es una bruja, madre.

-Lo sé porque la conocí. Fue hace muchos años...

La señora Pinkerton dio unos pasos y se hundió en su sillón, como si de pronto se le hubieran agotado las fuerzas. Cerró los ojos, y volvió a abrirlos, antes de decir:

-Yo sé quién es. Y sé lo que hizo.

Entonces Edmund, por primera vez, vio el miedo en los ojos de su madre.

---

## Capítulo 2

-¿Quién es esa mujer? -Edmund se inquietó-. ¿Te ha hecho algo?

La señora Pinkerton miró hacia el muro que separaba su casa de la casa vecina:

-¡Esa mujer es un demonio!

Edmund había visto a la señorita Larden una sola vez, hacía una semana, en la vereda, por casualidad. Ella salía de su casa con un maletín, cuando él descendía del auto. La recordaba perfectamente. Le pareció elegante, sofisticada y muy atractiva. Un tipo de mujer importante. De las que podían salir en las portadas de las revistas. ¿Por qué su madre decía que esa mujer era una bruja?

Ella continuó:

—¿Y sabes lo que me dijo? ¡*Que vamos a ser muy buenas amigas!* —la señora Pinkerton llevó sus manos a la cabeza, como si con aquellas palabras hubiese caído sobre ella una maldición:

—¡Tienes que sacarme de aquí! Te lo suplico, Edmund, isácame de aquí!

Esa anciana orgullosa de pronto parecía una niña muerta de miedo. Muerta de miedo porque una vecina quería ser su amiga. Eso no tenía el más mínimo sentido:

—Madre, me estás preocupando...

Pero la señora Pinkerton no lo dejó terminar:

—¡Shh... shh...! —irguió su cabeza en señal de alerta. El gato, que estaba echado a sus pies, hizo lo mismo.

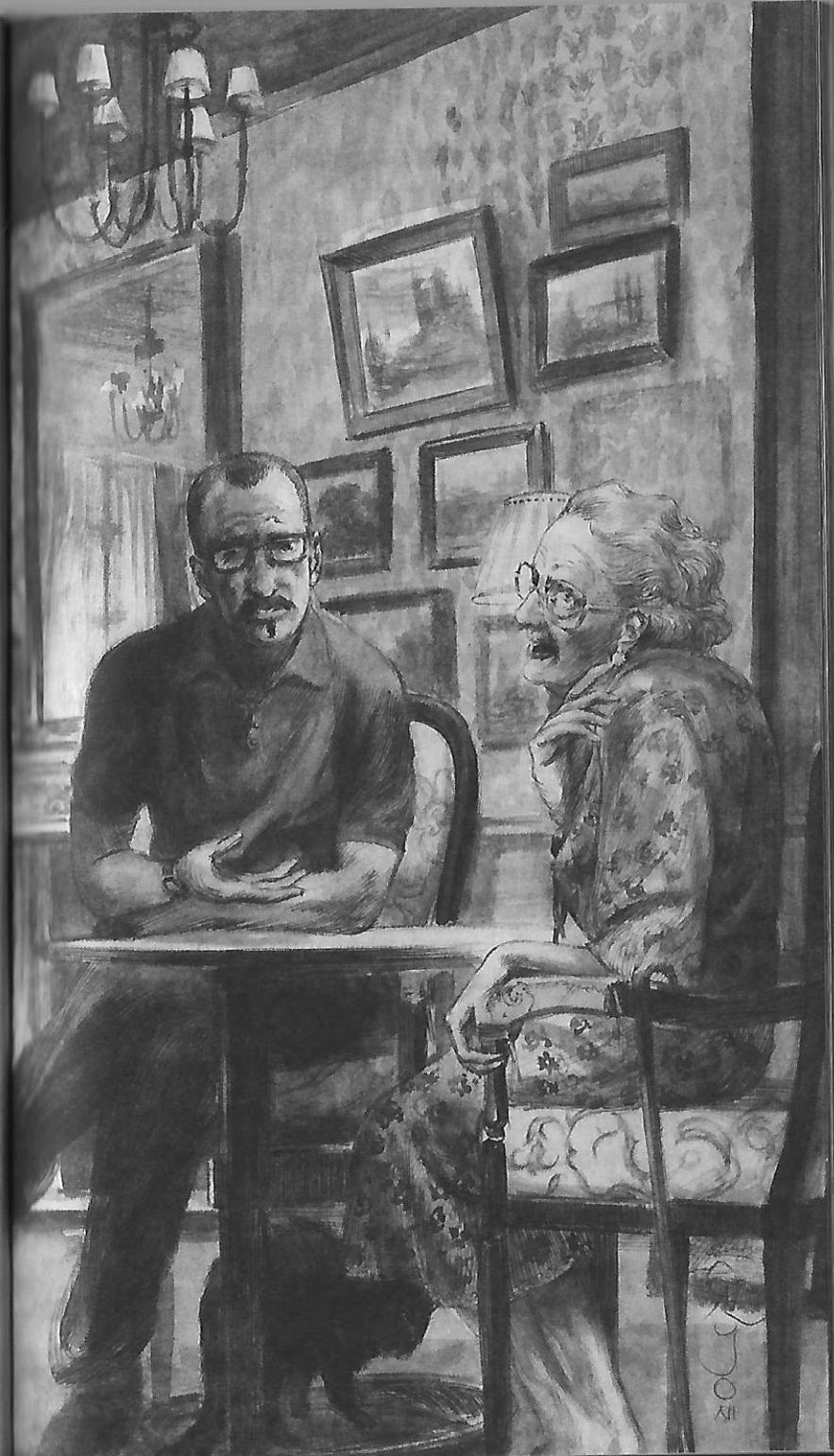
—¿Escuchas? —preguntó en voz baja.

Edmund aguzó sus oídos. El silencio era total.

La señora Pinkerton se incorporó de su sillón y se dirigió hacia el muro lindante con la casa de la señorita Larden:

—¡Está ahí! ¡Puedo oírla!

En ese momento Edmund reparó en el espacio vacío que había dejado uno de los cuadros de su madre. Ahora el cuadro se hallaba en el piso, reclinado contra la pared. Desde su juventud la señora Pinkerton se había dedicado a pintar paisajes ingleses. Se sentía orgullosa de sus pinturas, que se lucían en todas las habitaciones de la casa.



La anciana apoyó su oído en el sitio que antes había ocupado el cuadro:

—¡Escucha! —murmuró.

—En verdad, no escucho nada. Y me gustaría que te tranquilizaras y...

—¡Cállate!

Edmund guardó silencio. Entonces escuchó. Era un sonido raro y apagado, que no supo situar. Podía ser cualquier cosa.

—¡La oyes? Está tramando algo. Lo sé. ¡Se está preparando...! —y gritó en voz baja—: ¡Para hacerme desaparecer!

La señora Pinkerton se separó del muro como si quemara, y comenzó a mirar hacia todos lados, extendiendo los brazos, como si buscara por donde escapar. Entonces se abalanzó sobre Edmund, y sacudiéndolo de las solapas de su traje, le gritó:

—¡Haz algo! ¡Haz algo!

El gato, al ver semejante reacción, huyó rápidamente hacia la cocina.

Edmund perdió la paciencia:

—¡Basta! —se levantó, y tomando a su madre de los hombros la obligó a sentarse de nuevo—: ahora te tranquilizarás. Prepararé té, y me contarás exactamente qué pasó con esa mujer.

### Capítulo 3

—La vi ayer, cuando regresaba de la farmacia...

Después de tomar el té, la señora Pinkerton se había recompuesto y parecía la misma de siempre.

—Tuve que ir yo porque la inepta de Mary había olvidado comprar las pastillas para mis jaquecas —hizo un gesto de desaprobación—. Esa muchacha no puede continuar a mi servicio...

“Otra vez”, pensó Edmund. Las asistentes de su madre nunca duraban más de unos pocos meses.

—Vi que una mujer intentaba abrir la puerta de la casa de al lado —continuó la señora

Pinkerton—. Sabía que la casa tenía una nueva dueña. Debía ser ella. Nuestras miradas se cruzaron. Tú sabes que a mí no me gusta alternar con los vecinos, pero era inevitable saludarla:

“Buenas tardes”.

—Entonces ella se volteó para quedar frente a mí, y dijo:

“Hola, querida”.

—Me quedé mirándola. Sus ojos... Había algo en su rostro, algo familiar y extraño al mismo tiempo. Yo había visto a esa mujer alguna vez, estaba segura. Y esa idea fue más poderosa cuando escuché su nombre:

“Soy la señorita Larden”.

—*Larden... Larden...* Ese nombre comenzó a dar vueltas en mi cabeza. ¡Ojalá la hubiese reconocido en ese momento! ¡Hubiese salido corriendo de allí!

La señora Pinkerton hizo un gesto con las manos:

—No sé explicar lo que pasó después, no sé qué me hizo, pero al rato estábamos tomando el té en su casa como dos viejas confidentes. ¿Lo imaginas? ¿Yo?

No. Edmund no lo podía imaginar.

—¿No puedes, verdad? Fue como si se hubiera adueñado de mi voluntad.

En ese momento las cortinas de la sala se sacudieron levemente ante una ráfaga de viento. Edmund observó que, detrás de las ventanas, el cielo se había oscurecido. Anunciaba una tormenta.

—Edmund, cierra la ventana —ordenó la señora Pinkerton—. Traba los postigos, pero deja uno abierto. Abierto pero trabado. Sabes que aborrezco el viento.

—Sí, madre —dijo Edmund obedientemente, y se levantó, trabó los postigos, dejó uno abierto y cerró la ventana. De regreso tropezó con las patas de un caballete. Los rollos de lienzo que había en él temblaron a su paso. Desde que la señora Pinkerton no subía más las escaleras de su casa, usaba la sala como atelier.

—Menos mal que tienes los anteojos puestos, Edmund...

—Sí, menos mal, madre.

La señora Pinkerton aguardó a que su hijo se sentara de nuevo para continuar:

—Hablamos... en realidad, hablé yo todo el tiempo. Me hizo sentir tan cómoda... Me resultaba una mujer... *encantadora*. Le conté de ti, que eres profesor de la universidad, de mi pasión por la pintura y de mi gordo hermoso—. Miró al gato, que ahora estaba echado a sus pies.

Edmund odiaba cuando su madre llamaba al gato “mi gordo hermoso”.

—Ella solo mencionó que había vivido en América —prosiguió la anciana— y que nunca se había casado. “Qué raro”, pensé, esa mujer tan bella, tan agradable... no debían faltarle propuestas de matrimonio. Mientras tanto yo trataba de recordar: ¿Dónde la había conocido? ¿Cuándo? Y estaba a punto de decirlo. Pero no

fue necesario: la señorita Larden extendió su mano hacia una caja de bronce que se hallaba sobre la mesa y me preguntó:

“¿Le molesta que fume?”

—Tú sabes que detesto ese hábito, me parece nauseabundo, y también detesto a los fumadores, pero respondí con la mejor de mis sonrisas:

“¡Fume todo lo que quiera! ¡No me molesta en absoluto!”

—Entonces ella abrió la caja, sacó un cigarrillo, y después, no vi de dónde, apareció la boquilla. Era una larga boquilla de plata, completamente grabada, finísima. Vi la forma en que la tomaba, sus manos, ese movimiento...

“Y de pronto recordé todo. ¡Era ella! ¡Era la mujer del hotel!”

“Me puse de pie de un salto y empecé a retroceder alejándome de ella, como si fuera una planta venenosa.

—“¿Le sucede algo, señora Pinkerton? —me preguntó, sorprendida por mi comportamiento.

—“No... nada... nada, yo... debo irme. ¡Mi hijo debe estar por llegar en cualquier momento!

“Traté de alcanzar la puerta lo más rápido que pude. Entonces escuché su voz detrás de mí, que me decía:

—“¿Sabe, señora Pinkerton? Usted y yo vamos a ser muy buenas amigas.

Edmund vio cómo el rostro de su madre se deformaba por el llanto:



—¡Dios mío! ¡Qué será de mí...!

A esta altura, Edmund estaba francamente alarmado. Ya no tenía dudas de que la salud de su madre se hallaba afectada. Y por lo visto, de una manera bastante seria. ¿Qué era todo esto? ¿Qué tenía de amenazante el encuentro con la señorita Larden para que su madre se pusiera así?

—No entiendo por qué es tan terrible que quiera ser tu amiga...

—Porque esa es la forma de marcar a sus víctimas. ¡Esa bruja me ha marcado! ¡Debes creerme, Edmund! ¡No me queda mucho tiempo!

Edmund dio un respingo al escuchar aquellas palabras:

—Pero, madre, por favor, sigo sin entender.

—Claro que no lo entiendes... Tú no sabes lo que sucedió en ese hotel, aquel verano.

—¿Aquel verano?

—Sí, cuando la conocí. El verano en el que hizo desaparecer a Lucy Grey.

## Capítulo 4

—**S**ucedió hace mucho tiempo... Hacía poco nos habíamos casado con tu padre, tú aún no habías nacido. Ese verano decidimos ir a Dorset, a un hotel frente al mar...

Un trueno interrumpió a la señora Pinkerton. Resonó en toda la sala. Y comenzaron a escucharse las primeras gotas de lluvia golpeando las ventanas.

Picasso levantó su cabeza y permaneció inmóvil. Fueron dos segundos. Luego, de un salto, subió al regazo de la anciana.

—Elegimos ese hotel porque tenía unas vistas maravillosas y yo estaba decidida a pintar

mi *Atardecer en Dorset*. ¿Recuerdas ese cuadro? —preguntó la señora Pinkerton mientras acariciaba al gato—. Es el que está en mi habitación...

Edmund conocía de memoria los cuadros de su madre. Tenía su *Amanecer en Devon*, su *Mediodía en Canterbury*, su *Nieve sobre Blackpool*, y así veinticuatro paisajes de distintos lugares de Inglaterra. Todos hechos a partir de fotografías que ella misma tomaba y después titulaba con el nombre del lugar y la situación del día.

Ella continuó:

*También nos gustó ese hotel porque era el único que tenía canchas de tenis, y en aquella época a tu padre lo apasionaba jugar ese estúpido juego. En esas ocasiones yo aprovechaba para dar mis paseos por la playa y tomar fotografías. Una de esas tardes conocí a la señora Grey, que también se hospedaba en el hotel. Lucy Grey era una viuda que, desde la muerte de su esposo, se había dedicado a viajar. Ya me había llamado la atención por su vestuario. La veía lucir, a cada momento del día, un modelo diferente. Me encantaban sus vestidos, y se lo dije.*

El rostro se le iluminó con una sonrisa y exclamó:

—¡Por fin alguien de buen gusto en este hotel! Y así comenzó nuestra amistad.

Ella misma diseñaba su ropa, me contó. Lo había hecho siempre, desde niña, para sus muñecas. Decía que si su difunto esposo se lo hubiera permitido, ella hubiese sido la diseñadora más

famosa de Inglaterra. Estaba orgullosa de sus colecciones...

La señora Pinkerton suspiró con nostalgia:

¡Qué divertida era Lucy...! ¡Imposible aburrirse con ella! Vivía obsesionada por la moda y no podía soportar lo feo, lo desagradable. “El mal gusto —decía— es el peor de los pecados”. Podía ser vanidosa, es cierto, y un poco atrevida, pero me hacía reír...

Edmund miró con disimulo su reloj pulsera. Por lo visto aquel relato iba a tomar su tiempo. La tarde se complicaba cada vez más: su madre diciéndole que una bruja la iba a atacar, afuera la tormenta se desataba con más fuerza y él debía ir a buscar a su hija Alice al colegio...

*Lucy Grey era el tipo de persona que nunca se sabe si está hablando en serio o en broma —continuó la señora Pinkerton—. Le gustaba sentarse conmigo en la terraza para intercambiar impresiones sobre las otras señoras del hotel. Una vez llegaron dos mujeres “escalofriantemente vestidas”, según ella. Una con un sombrero ornamentado con exceso para mi amiga, que murmuró:*

—¡Por Dios! ¿Has visto esa frutera?

Cuando nos retiramos, tomó un racimo de uvas de la mesa, y al pasar junto a ellas, deslizó:

—¡Oh, qué pena! A alguien se le ha caído esto...

Vi que la aludida le lanzó una mirada furibunda, y exclamé en voz baja:

—¡Creo que la ha oído!

—¿En serio? —dijo la señora Grey, volteándose. Y agregó—: ¡Mejor! Tiene la suerte de que alguien

que sabe cómo vestir —se señaló a sí misma— le haya hecho notar sus malas elecciones. Hoy aprendió algo. ¡Debería estar agradecida! ¿No piensas lo mismo?

—¡Oh, no la veo muy agradecida...! —repliqué—. Más bien parece con deseos de tomar algo y tirárselo como un proyectil.

Ella esbozó una sonrisa, y me tomó del brazo:

—Entonces vayámonos rápido, cariño. ¡Vayámonos lejos de esta chusma!

La señora Pinkerton hizo una pausa antes de continuar:

Una tarde volvía con tu padre y nos cruzamos con ella en el vestíbulo. La noté un poco excitada. Me daba cuenta, por sus ojitos, de que quería decirme algo. Pero no delante de tu padre. Acordamos reunirnos en la terraza, antes de cenar.

La encontré paseándose junto a la balaustrada. Iba y venía, parecía ansiosa.

—¡Lucy! —la llamé.

Ella se acercó rápidamente y me condujo hacia una mesa algo alejada del resto:

—Espero que estés preparada para lo que te voy a decir.

Nos sentamos. Echó una mirada en torno y, en voz baja, dijo:

—Sospecho que en este hotel hay una bruja.

## Capítulo 5

Edmund trataba de comprender... Su madre le contaba una historia ocurrida hacía más de cincuenta años, en un hotel, donde una mujer tan orgullosa e insoportable como ella había desaparecido. ¿Qué tenía que ver eso con su nueva vecina? ¿Qué tenía que ver con lo que había sucedido ayer entre ellas?

Otra vez miró el reloj. Aún faltaba para la hora de salida del colegio de Alice. De todos modos, era mejor esperar a que pasase la tormenta para ir a buscar a la niña.

—¿Me estás escuchando, Edmund?

—Sí, madre, perfectamente. Decías que tu amiga Lucy sospechaba que en el hotel había una bruja.

Satisfecha con la respuesta, la señora Pinkerton continuó:

Al principio creí que era una broma, y en ese tono le pregunté:

—¿Solo una?

—¡Oh, ya sé que el hotel está lleno de ellas! —me contestó riendo, y agregó bajando la voz—: Lo que digo ahora es que tenemos una bruja de verdad.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—¿De qué habla usted, Lucy? ¿De las que convierten a los niños en ratones?

—Oh, sí, cariño, me temo que ese tipo de bruja—. Lucy abrió sus pequeños ojos azules, esperando ver mi reacción:

—Inquietante, ¿verdad?

Yo no sabía qué cara poner.

Entonces me contó:

—Yo estaba sola en el vestíbulo, hojeando el periódico. En un momento alcé la vista y vi que entraba una mujer. Era alta, esbelta, elegantísima, de piel muy blanca, y unos cabellos negros y ondulados que le llegaban a la espalda. Pidió las llaves y pasó a mi lado camino a los ascensores. Nos miramos. ¡Qué ojos! Me sonrió, y dijo: "Hola, querida". No me preguntes por qué, pero no me pude sacar de la cabeza aquellos ojos en toda la tarde.

"Tú aún no me conoces muy bien. A mí nadie me impresiona fácilmente. Sin embargo, esa mujer me ha impresionado. Hay algo en ella... algo diferente; es distinta a cualquier otra mujer.



Al escuchar esa descripción recordé que esa mañana había visto a una mujer así, joven y hermosa, registrándose en el hotel. Debía ser ella.

Lucy continuó:

—Después de aquel encuentro no podía concentrarme en nada. Me volvía su imagen una y otra vez. Y no entendía por qué. Entonces recordé algo que una tía siempre nos contaba cuando yo era niña...

"Mi tía Edna, que era una mujer muy supersticiosa, decía que algunas mujeres tenemos el don de poder reconocer a una bruja. Y que eso no era bueno. Al contrario, era muy peligroso. Porque si nos topábamos con una bruja de Metsküla, más vale que nos fuéramos despidiendo de este mundo.

—¿Bruja de Metsküla?

—Sí. Es una raza de brujas. Las hermosas y poderosas. Decía que si las brujas de Metsküla advertían que alguien las había descubierto, les tomaba muy poco tiempo hacerlo desaparecer. ¡¿Lo imaginas?!

Yo no salía de mi asombro:

—¿Desaparecer?

—Pues así lo afirmaba mi tía: "La mujer que detecta a una bruja de Metsküla desaparece". Decía que estas brujas siempre son señoras hermosas e importantes. Y que nunca, pero nunca, hay que mirarlas a los ojos. Pues en ese mismo momento también la bruja se da cuenta de que ha sido descubierta —Lucy prosiguió—. ¿Y sabes cuál es la parte divertida? ¡Que detestan el amarillo! ¡Le tienen repulsión a ese color! ¡Como si fuera ácido para ellas!

—¿Y usted cómo sabe si esa mujer detesta el amarillo? —le pregunté.

—Oh, no lo sabemos... Pero pronto lo vamos a saber —Lucy hizo el gesto de quien ha descubierto algo que promete diversión—. Tengo un plan —continuó abriendo su bolso y sacando un pañuelo amarillo—: Vamos a ver qué tal le sienta esto a la señorita Larden.

—¿Señorita Larden?

—Sí. Elizabeth Larden. Lo averigüé. Al parecer es una empresaria muy importante. Dueña de una empresa de cosméticos y... ¿sabes cuántos años tiene?

Se acercó para decírmelo al oído.

—¡No puede ser! —exclamé.

—¡Eso es lo que digo yo! ¡No puede ser! Sin embargo, es lo que se rumorea en el hotel...

—¡Vaya que son buenas esas cremas!

—Mmm... dudo de que existan cremas tan buenas. Acá hay algo más —Lucy hizo una pausa y achinó sus ojitos—. ¿Y si la señorita Larden es una bruja de Metsküla? Dime: ¿no te encantaría descubrirlo?

—¿Habla usted en serio?

—¡Por supuesto que sí! ¿No sería fantástico? ¿Y si ante nuestros propios ojos comienza a despedir humo y a derretirse cuando le eche este pañuelo al cuello? ¡Oh, oh, oh! —hizo como si se estremeciera de miedo, y soltó una risita.

Yo no podía creer lo que estaba escuchando:

—Vamos, Lucy, se está burlando usted de mí. ¿Cree realmente que existen las brujas?

—Oh, tú sabes cómo es eso... Las brujas no existen pero... no voy a resistir la tentación de comprobarlo. ¿Lo harías tú?

—Por supuesto, la idea de mi amiga me parecía absolutamente infantil. Pero era el tipo de cosas que ella podía hacer...

30

—La señora Pinkerton se tomó la cabeza con las manos:

—¡Qué error! ¡Qué error! ¡La tendría que haber detenido ahí mismo!

## Capítulo 6

—¿Qué sucede, Picasso?

El gato había comenzado a moverse en el regazo de la señora Pinkerton. Se lo veía inquieto.

—¿Sucede algo, Picasso? —la anciana repitió la pregunta.

Picasso la miró. Después escondió su cabeza bajo los pliegues del salto de cama de su dueña, para volver a sacarla y mirar a Edmund y a la señora Pinkerton alternadamente:

—¡Miau!

—¡Oh, mira lo que hace! ¿No es inteligente mi gordo hermoso?

Edmund, que jamás había visto un comportamiento inteligente por parte de ese gato, se limitó a sonreír. Para él era una bestia común y corriente. Sin embargo, su madre no se cansaba de presumir de él como si fuese el gato más listo del mundo.

La señora Pinkerton reanudó su relato:

*Después de que Lucy me contara su plan para desenmascarar a la bruja, bajamos al salón comedor. Nuestra conversación había despertado mi interés en la señorita Larden.*

*—¡Ahí viene! —mi amiga guardó rápidamente el pañuelo en su bolso—: ¡Mírala! ¡No es una mujer impresionante?*

*Entonces la vi entrar.*

*Parecía una actriz de cine. En un instante atrajo todas las miradas del salón. Llevaba un magnífico vestido negro de noche, que resaltaba su figura, y se desplazaba con esa leve indiferencia que tienen las divas cuando se pasean entre el público.*

*Se sentó a una mesa alejada de la nuestra.*

*Pero podía ver su modo de tomar la copa, de dirigirse al mozo, de voltear la cabeza para mirar a todos sin mirar a nadie, y de volver a llevar su copa a los labios. Y aunque yo no creía en brujas, sentí el impulso de permanecer lejos de aquella criatura.*

*En ese momento llegó tu padre:*

*—¡Buenas noches, señoras! —saludó, y mientras se sentaba, me preguntó—: ¡Invitaste a la señora Grey a nuestra excursión de mañana?*

*—Oh, les agradezco... —intervino Lucy rápidamente—, pero mañana tengo cosas que hacer aquí en el hotel —dijo mirando de reojo hacia la mesa de la señorita Larden.*

*—No creo que sea un paseo muy divertido para la señora Grey —agregué—, voy a estar concentrada en las fotografías todo el tiempo...*

*—¿Sabía usted que mi mujer planea ser una gran artista? —comentó tu padre, con ese leve tono de burla que acostumbraba usar—. Asegura que su colección de paisajes será famosa algún día...*

*—Pues es lo que pienso —repliqué—. Aunque para algunos eso sea vanidad...*

*—¡Oh! ¡La vanidad del artista! ¡Vaya pecado! —exclamó Lucy—. ¡Pues me parece muy bien! ¡El mundo sería un horror sin los artistas! ¡Hay que perdonarles todo! —dijo alzando la voz, lo que hizo que algunos comensales de otras mesas se dieran vuelta para mirarla, y agregó—: Además, siempre recuerdo que mi tía Edna decía que hay que dejar la humildad para los que no tienen talento.*

*Mientras cenábamos me dediqué a observar disimuladamente a la señorita Larden. Me llamó la atención la manera en que tomaba su boquilla y encendía el cigarrillo. Nunca había visto encender un cigarrillo de esa manera. Lucy tenía razón. Todo en ella era diferente...*

*Pero... ¿una bruja? Yo no podía creer semejante cosa.*

*Aun así, evité mirarla a los ojos.*

Repentinamente, Picasso bajó de la falda de la anciana y se dirigió hacia el corredor que conducía a las habitaciones.

—¿Adónde vas, Picasso? —preguntó la señora Pinkerton, extrañada.

El gato se perdió en el pasillo, que en ese momento de la tarde comenzaba a llenarse de sombras.

—Ya va a volver. No le gusta estar mucho tiempo separado de mí...

—Continúa, madre, por favor —le pidió Edmund con tono paciente, echando un rápido vistazo al reloj.

La señora Pinkerton retomó su relato:

*Al otro día salimos de excursión con tu padre. Estuve a punto de comentarle la idea de mi amiga, pero no me atreví. Se hubiera escandalizado. Me habría dicho que las dos habíamos perdido el juicio. Yo también pensaba... ¿En verdad Lucy creía que aquella mujer iba a empezar a echar humo? ¿Hablaban en serio realmente? Con ella nunca se sabía.*

*Regresamos a media tarde. Estaba ansiosa por que me contara qué había pasado con el asunto del pañuelo amarillo.*

*La encontré en el comedor, frente a una taza de té. Apenas la vi noté que algo en ella había cambiado. ¡Llevaba el mismo vestido que esa mañana!, inconcebible tratándose de Lucy Grey. Y su rostro lucía muy pálido. Temí que hubiera enfermado:*

*—Lucy, ¿está usted bien?*



—Sí, cariño... —dijo con voz apagada—. Me siento un poco cansada, nada más.

—¡Por favor, cuénteme! ¿Qué pasó con la señorita Larden?

Ella permaneció un instante en silencio. Parecía meditar mi pregunta. Y al cabo de un momento, respondió:

—Oh, eso fue... bastante extraño.

---

## Capítulo 7

Edmund pensaba: no podía ser que aquella señorita Larden de hacía cincuenta años fuese la misma señorita Larden que vivía en la casa de al lado. Él la había visto. Tendría unos... ¿veinticinco?, ¿treinta años? Aquella mujer del hotel debía ser una anciana aún mayor que su madre, o ya debía estar muerta. Se trataba de una coincidencia de nombres. Aunque también esta mujer fumara en boquilla...

Miró el reloj. Aún quedaba tiempo:

—¿Entonces? —preguntó.

—Entonces Lucy, como la otra vez, miró hacia ambos lados y bajando la voz me contó:

—Estuve toda la mañana con el pañuelo en el bolso, esperando el momento de echarlo al cuello. Cerca del mediodía la encontré en la terraza. Se hallaba sentada, muy quieta, de espaldas a mí, mirando el mar.

”«La oportunidad perfecta», pensé.

”Abrí el bolso, saqué el pañuelo, y me acerqué lentamente, tratando de no hacer el más leve ruido. Desde atrás veía su mano fina y bien curvada sosteniendo con elegancia la boquilla. Las volutas de humo se perdían en el aire. Había recogido su cabellera dejando al descubierto su hermoso cuello. Y en el instante en que iba a apoyar el pañuelo sobre sus hombros, ella giró echándose hacia un costado. Su cuerpo pareció... ¡doblar! Fue un movimiento tan rápido, tan increíble, que quedé paralizada.

”El pañuelo había caído al suelo, sin haberla rozado siquiera.

”Ella se había puesto de pie, y me clavaba la vista con los ojos muy abiertos.

”—¡Oh, perdón!, yo pensé... que esto era suyo —balbuceé, mientras sentía que me temblaban las rodillas.

”Ella no me contestó inmediatamente. Sus ojos permanecían fijos en mí:

”—Se equivoca usted. Eso no me pertenece —dijo sin mirar el pañuelo que yacía en el suelo, y se retiró rápidamente hacia el interior del hotel.

”Yo me quedé allí, de pie, avergonzada, aturrida... Lo que acababa de suceder era imposible. ¿Cómo supo que yo estaba detrás? ¿Cómo había



realizado aquel movimiento? Yo jamás vi algo así...

—Qué extraño... —le dije.

—Pero lo más extraño vino después.

—¿Después?

—Sí, cuando fui a mi habitación a descansar.

Aquel incidente me había puesto nerviosa, y necesitaba estar un rato a solas.

"Al bajar del ascensor me sentí desorientada. Era mi piso, pero me parecía estar allí por primera vez. Y tenía la sensación de que no estaba sola. Como si alguien me hubiera seguido por los silenciosos pasillos de este hotel. Sin embargo, cuando me daba vuelta no veía a nadie..."

"Finalmente llegué a mi habitación. Saqué la llave de la cartera, y de pronto, no sé de dónde ni cómo, pero esa mujer estaba allí, detrás de mí.

—Veo que estamos en habitaciones contiguas —la escuché decir.

"Giré y la miré. No sé qué me pasó en ese momento, pero todo mi malestar desapareció de golpe:

—¡Qué maravilloso! —exclamé, como si me hubiese dado una excelente noticia. Y sentí un fuerte deseo de estar con ella, de conocerla, de ser amigas tal vez. La miraba y aquella mujer me parecía el ser más hermoso y agradable que había conocido en mucho tiempo. Me propuso tomar el té juntas. ¡Y yo acepté encantada...!

"Quería contarle todo de mí, de mi pasión por los vestidos, mis ideas sobre la belleza, la importancia de verse bien siempre... Ella soló me dejaba hablar, asintiendo con una sonrisa

a cada cosa que yo decía. No sé cuánto tiempo pasó. Pero recuerdo que al momento de despedirnos me dirigió una sonrisa muy singular, y me dijo:

—¿Sabe, señora Grey? Usted y yo vamos a ser muy buenas amigas.

El rostro de Lucy se ensombreció:

—Es difícil explicarlo, pero en ese instante sentí que aquellas palabras eran manos. Manos invisibles que me sujetaban para adueñarse de mí. Manos que no eran humanas, y que me iban a llevar a un lugar del que no podría escapar...

Hizo un gesto con la cabeza como queriendo liberarse de esos malos pensamientos, y esbozó una sonrisa:

—¿Qué tontería, no?

No dije nada, pero ella advirtió el desconcierto en mi rostro:

—No me hagas caso, cariño, temo que estoy envejeciendo...

Yo no entendía qué tipo de obsesión tenía mi amiga con la señorita Larden, pero no me parecía saludable. No quería hablar más de aquella mujer, y aproveché para cambiar de tema.

Le conté que debía tomar una decisión. Dudaba si pintar Amanecer en Dorset o Luna sobre Dorset, porque la noche anterior había conseguido una toma fantástica desde la terraza. Trataba de distraerla...

Lucy me escuchaba, pero su cabeza parecía estar en otro lado.

Entonces intenté con una broma sobre un par de mujeres maquilladas como muñecas que circulaban por el comedor.

Recuerdo que logré hacerla sonreír, y por momentos parecía la misma Lucy Grey de siempre.

Pero mi amiga ya no era la misma.

La señora Pinkerton se levantó del sillón apoyándose en su bastón y comenzó a caminar por la sala otra vez:

—¡Ya estaba hechizada! ¿Entiendes, Edmund? ¡Ahora me doy cuenta! ¡Lo sé porque yo sentí lo mismo ayer!

La anciana señaló con su bastón en dirección a la casa vecina:

—¡Esa bruja te hechiza cuando dice que va a ser tu amiga! ¡Ahora lo sé! ¡Y a mí me está haciendo lo mismo!

Edmund, al ver que su madre volvía a desesperarse, se levantó para tranquilizarla. Se acercó y le tomó las manos. Le temblaban.

—¡Por favor, madre, no te pongas así! Te aseguro que nada malo va a sucederte...

Pero ella no lo escuchaba. Solo miraba el espacio vacío que su cuadro había dejado en la pared:

—¡Edmund, por favor, hijo! —suplicó—. ¡Sácame de aquí! ¡Lo digo en serio! ¡No quiero terminar como mi amiga!

## Capítulo 8

Afuera llovía torrencialmente. A través de las ventanas se podía ver cómo las ráfagas de viento agitaban con furia las copas de los árboles y los arbustos del jardín. La tormenta había oscurecido la tarde antes de tiempo, y hacía rato que Edmund y su madre hablaban casi en penumbras.

—...y te quedarás con nosotros hasta que todo esto haya pasado. ¿Te parece bien así? —concluyó Edmund.

Solo con la promesa de que la llevaría a su casa, Edmund pudo conseguir que el ánimo de la señora Pinkerton se calmara.

Lo angustiaba verla así, aterrorizada por una historia de brujerías. Tenía que llamar hoy mismo al doctor Serling, el médico de su madre, y preguntarle qué se hacía en estos casos.

Pensó en Alice, su hija de nueve años. De pronto le preocupaba que su madre, en ese estado, pudiese asustar a la niña:

—Lo único que te pido es que no hablemos de esto en presencia de Alice.

—¡Por supuesto que no! ¡Cómo se te ocurre que voy a asustar a la niña! ¿Crees que soy estúpida?

Por lo visto su madre era capaz de recuperar su mal carácter. Al menos era un buen indicio.

La señora Pinkerton agregó en tono de reproche:

—Lo que pasa es que tú sigues sin creerme...

—Encenderé las luces. No se ve nada aquí...

—exclamó Edmund presuroso para esquivar aquel comentario, y levantándose cruzó la sala para pulsar el interruptor.

Dos lámparas arrojaron una luz tenue sobre el recinto. Aun así, al regresar a su asiento observó que el pasillo que conducía hacia el interior de la casa permanecía a oscuras.

—Qué raro que Picasso no vuelva, mi gordo siempre quiere estar aquí, conmigo... —ella frunció el ceño—. Sospecho que tú no le gustas, Edmund.

Edmund decidió no responder. En su lugar miró nuevamente el reloj. En minutos tenía que partir hacia el colegio de Alice, y lo preocupaba

que la tormenta aún no diese señales de parar. Se le ocurrió que podría llamar al colegio y avisar que tal vez se retrasaría un poco.

—¿Puedes terminar de contarme lo que pasó con tu amiga, la señora Grey?

—¿En qué había quedado? —preguntó la anciana.

—Decías que se había sentido impresionada por la señorita Larden, pero que después, cuando esta le dijo que serían amigas, comenzó a sentirse mal. Y tú piensas que con esas palabras la había embrujado.

—No tengo ninguna duda de que fue así —afirmó la señora Pinkerton, y continuó:

*Al día siguiente Lucy no bajó a desayunar. Pensé que había decidido dormir más de lo habitual y no le di mayor importancia.*

*Recién la vi en el bar del hotel, cerca del mediodía. Su rostro estaba aún más demacrado que la tarde anterior, y sus pequeños ojos azules parecían sin brillo.*

—¡Lucy! —le dije alarmada—, no la veo muy bien. ¡Comienza usted a preocuparme!

—¡He pasado una noche terrible! —me contestó, y la vi tomar un vaso de agua de la mesa. Sus manos temblaban cuando me dijo—: ¡Recuerdas que te conté de mi tía Edna? ¿La que nos hablaba de las brujas de Metsküla?

—Sí, lo recuerdo.

—Anoche soñé con ella...

*Lucy tomó un sorbo de agua y me relató su sueño:*

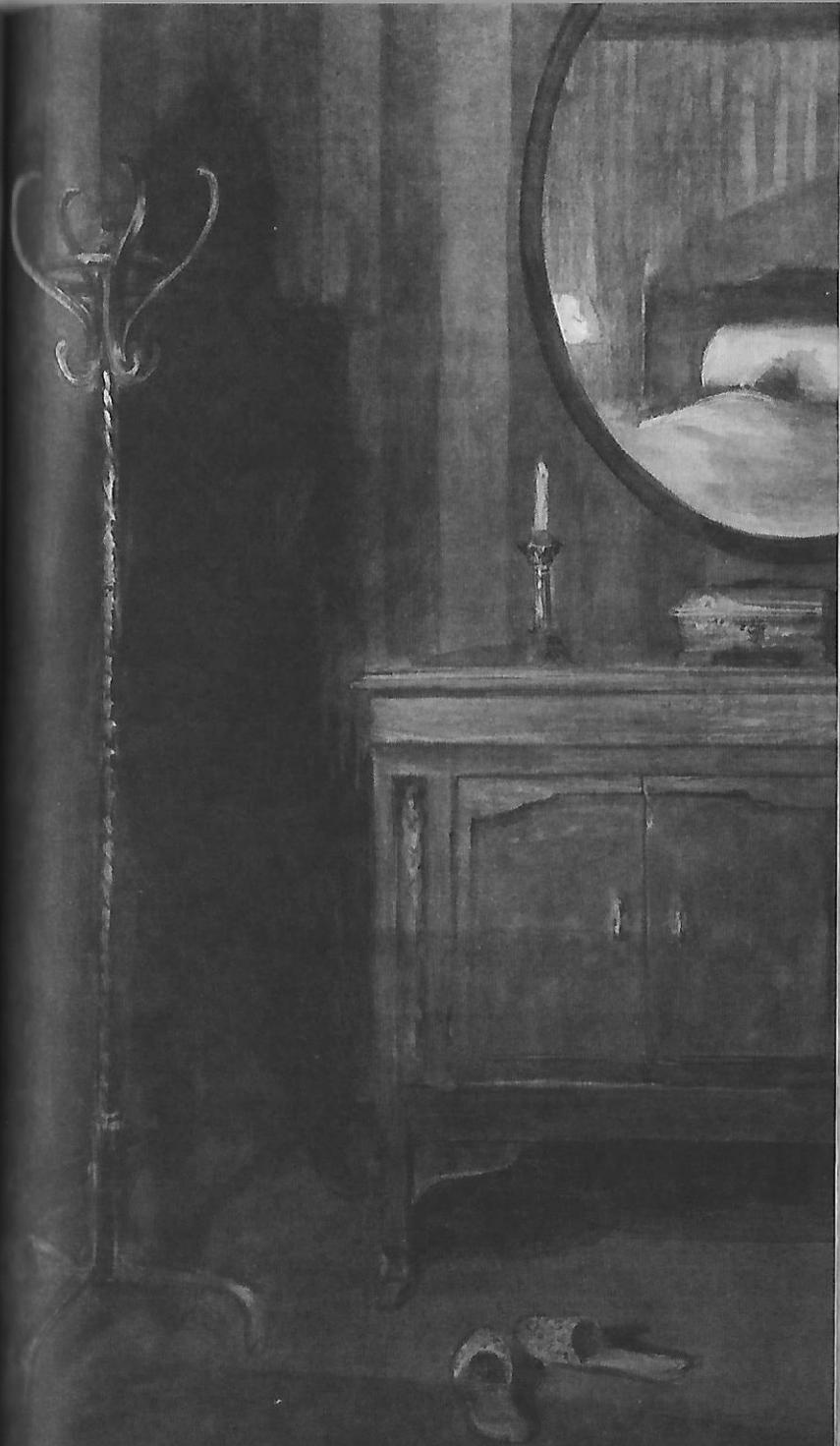
—Estábamos en su casa, en Manor Farm, con mis primas. Jugábamos a las muñecas, en el medio del parque, bajo la luz del sol. De pronto el cielo se oscureció y comenzó a soplar un viento muy fuerte. Las niñas tomaron sus muñecas y, entre gritos, corrieron en dirección a la casa. Yo las seguí. Pero antes de entrar sentí que alguien me sujetaba fuertemente del brazo. Me hacía doler. Al darme vuelta vi que era mi tía Edna, de pie junto a la puerta. Me miraba furiosa, y señalándome con el dedo, me decía:

«Te lo advertí, pequeña».

Después abría su boca y mostraba los dientes. Pero no eran sus dientes. Tía Edna no tenía esos dientes. Vi que los orificios de su nariz empezaban a dilatarse y que los músculos de la cara formaban una especie de mueca, como si fuese a reír, pero en lugar de risa lanzó un chillido atroz. Entonces me soltó violentamente y entró con las otras niñas a la casa, cerrando la puerta tras de sí.

Me desperté sobresaltada. Permanecí en mi cama, tratando de serenarme. Me repetía: fue solo un sueño, fue solo un sueño. La luz de la luna entraba por la ventana. Allí todo se hallaba quieto y en silencio. Y a medida que pasaban los minutos podía distinguir con más claridad los objetos del lugar. Sin embargo, aquella luz no alcanzaba uno de los rincones del cuarto, que permanecía en la más absoluta oscuridad.

Entonces escuché un ruido, como si algo se arrastrara por la pared del cuarto vecino.



*¿Qué era eso? Me incorporé. Luego todo quedó en silencio. Me pareció que la temperatura había descendido bruscamente. Fue cuando sentí que algo se deslizaba por la habitación, como se desliza una sombra.*

*"Me acurruqué en la cama y me cubrí por completo. No me atrevía a moverme, a respirar siquiera. Pasó un tiempo, no sé cuánto. Me descubrí muy lentamente la cabeza. Cuando abrí mis ojos todo estaba como antes, pero aquel rincón del cuarto se veía aún más oscuro, como si una masa negra se hubiera alojado allí.*

*"Esa presencia se movía, peligrosa y amorfa, semejante a un enjambre que se prepara para atacar.*

*"Me cubrí de nuevo con las mantas y comencé a rezar, y recé, recé hasta quedar dormida.*

La señora Pinkerton detuvo el relato, e hizo un gesto de silencio. Miró a Edmund:

—¿Escuchaste eso?

Otra vez, Edmund no había escuchado nada. Solo se oían los truenos y el ímpetu de la lluvia descargándose sobre la casa.

—Solo la lluvia, madre...

La señora Pinkerton permaneció en actitud de alerta un instante, y recién continuó:

*Ver a Lucy en ese estado me angustió profundamente. Esa mujer soberbia y segura de sí misma parecía un pajarito muerto de miedo. Recuerdo que me miró con sus ojitos muy abiertos, y preguntó:*

—¿Qué me está pasando?

*Yo no sabía qué decirle. Solo atiné a responder:*

—¡Oh, Lucy! ¿No serán sus nervios? ¿No serán sus nervios que le han jugado una mala pasada? Tal vez toda esta historia de la bruja la ha sugestionado...

Lucy me miró como si yo hubiese encontrado la explicación justa de lo que le pasaba, y exclamó:

—¡Sí, es eso! ¡Eso es lo que me sucede!

—Debería usted ver a un médico... —proseguí.

—Sí, tienes razón —me respondió—, pero ahora necesito descansar... Me siento muy fatigada. Creo que descansaré el resto del día.

—¡Claro! ¡Descanse y olvídense de todo! —la animé—. Esta noche se sentirá usted mejor. Ya lo verá.

—Sí, tienes razón, cariño —ella asintió mientras se levantaba—. Nos veremos en la cena.

Al despedirnos, me tomó de las manos, como si quisiera aferrarse a ellas, cuando me susurró:

—Las brujas no existen, ¿verdad, amiga?

Sentí una súbita compasión por aquella mujer, y abrazándola le dije:

—¡Por supuesto que no, Lucy querida! ¡Las brujas no existen!

Antes de separarnos me dedicó una sonrisa agradecida y se alejó por el corredor con el paso lento, como si tuviera miedo de caerse.

Fue la última vez que la vi.

## Capítulo 9

—¿No sientes un poco de frío aquí?  
—preguntó la señora Pinkerton.

—¿Quieres que encienda la chimenea?

—No —respondió ella mirando de reojo el muro que la separaba de su vecina—. Nos iremos enseguida.

—Decías que no volviste a ver a tu amiga después de que ella te contó su extraño sueño... —dijo Edmund invitándola a continuar.

Y la señora Pinkerton prosiguió:

*Tenía la necesidad de hablar con alguien sobre lo que le pasaba a mi amiga. Pero no sabía con quién. Tu padre no era la persona indicada.*

Iba a decirme que Lucy debía consultar con un médico, y punto. Pero yo quería entender... ¿Estaba enfermando? ¿Podía haber algo de cierto en aquella historia de la bruja?

Esa noche llegamos al comedor temprano. Lucy no había bajado aún. Mientras tomábamos una copa con tu padre vi que al salón entraba la señorita Larden. Se la veía más radiante que nunca. Su presencia me atraía como un imán, pero todo el tiempo evitaba mirarla, como si fuese la mismísima Medusa.

Ordenamos la comida y mi amiga no aparecía. Mi preocupación iba en aumento, y le dije a tu padre:

—Llamaré a Lucy a su cuarto. Me sorprende que aún no esté aquí...

Me dirigí al teléfono que se hallaba en el vestíbulo y pedí hablar con la habitación de la señora Grey. Sonó cuatro veces, hasta que oí descolar el tubo:

—¿Lucy? Soy la señora Pinkerton. Estamos esperando que baje usted a cenar.

Pude escuchar, del otro lado, que ella murmuraba:

—Oh... bajar a cenar...

—Sí, por supuesto... ¿Está usted bien? ¿Necesita ayuda?

—¡No! —la voz de Lucy ahora se oía lejana, y luego se escuchó un sonido. ¿Sabes qué sonido? El sonido que hace una radio cuando pierde y recupera la señal. Y después, nada.

—¿Lucy?

Silencio.

—¿Lucy?

Recién entonces la oí decir:

—¿Pueden los vestidos bajar a cenar?

Y volvieron aquellos sonidos, hasta que se cortó la comunicación.

Quedé desconcertada. ¿Qué estaba pasando? Regresé a la mesa y le dije a tu padre:

—He notado a Lucy muy extraña al teléfono. Desde ayer no se siente bien. Tal vez debería subir a verla.

En ese momento el mozo llegaba con la comida y se disponía a servir los platos. Entonces tu padre, tan lógico como siempre, aseguró:

—Pues si se siente mal desde ayer, no creo que le pase nada malo en el preciso instante en que tú y yo nos disponemos a cenar. ¿No te parece, querida?

Y como siempre, lo que decía me parecía razonable. No consiguió tranquilizarme, pero decidí esperar.

Durante la cena tu padre me hablaba y yo parecía estar flotando. Tenía la sensación de que algo allí andaba muy mal.

Con la última cucharada del postre me levante y dije:

—Tengo que ir a ver a Lucy. —Volví al vestíbulo y pedí que me comunicaran nuevamente con su habitación.

El teléfono llamaba pero nadie atendía. Comencé a pensar lo peor. Creo que en la cuarta o quinta llamada solté el tubo y salí corriendo por

el pasillo en dirección a su cuarto. Tenía el presentimiento de que algo terrible había ocurrido.

Cuando llegué a la puerta golpeé con todas mis fuerzas:

—¡Lucy, abra usted!

Volví a golpear.

—¡Lucy! ¡Abra, por favor!

Nadie contestó.

Estallé en sollozos, y seguí golpeando la puerta, sin parar.

Escuché pasos que se acercaban. Eran tu padre y el conserje del hotel, que me habían visto salir corriendo.

—¡No abre, no abre! —yo gritaba desesperada—. ¡Estoy segura de que le ha pasado algo!

El conserje me miró alarmado, y golpeó la puerta una vez más. Al no obtener respuesta, miró por el ojo de la cerradura:

—Tiene puesta la llave por dentro —afirmó.

Entonces sacó un llavero y luego de un breve forcejeo con la cerradura, abrió la puerta.

En el cuarto no había nadie.

El empleado del hotel se adelantó presuroso para entrar a la sala de baño. Reapareció negando con la cabeza, en señal de que no estaba allí.

Los tres nos miramos un instante, sin saber qué pensar.

—¿Adónde se ha metido esta mujer? —preguntó tu padre, abriendo el vestidor.

Pero allí solo aparecieron sus vestidos, perfectamente colgados, y más abajo las maletas y las cajas de sombreros de mi amiga.

—No entiendo cómo pudo salir de la habitación... —añadió el empleado del hotel, desconcertado—. La puerta ha sido cerrada por dentro...

—¡Yo misma hablé con ella hace unos momentos! —exclamé—. La señora Grey tenía planeado cenar con nosotros...

—Evidentemente ha cambiado de opinión —concluyó tu padre asomándose por la ventana, una de cuyas hojas estaba abierta—: Debí salir por aquí —reflexionó echando un vistazo hacia afuera—. Mmm... y por lo que veo no le debe haber resultado muy fácil.

—¡Eso es estúpido! ¡A Lucy no se le ocurriría salir por las ventanas! —grité nerviosa.

—¿Estás segura? Pues me temo que no hay ninguna otra explicación, querida.

—¡No puede ser! ¡Miren! —dije yo señalando hacia la cama, para confirmar lo que decía—. ¡Estaba preparándose para bajar a cenar!

Extendido sobre la cama, como dispuesto para ser usado, yacía un vestido de noche.

Yo conocía ese vestido. Lucy se lo había puesto un par de noches atrás. Me resultó extraño que hubiera decidido usarlo de nuevo.

Era un modelo estupendo, de seda, gris...

Lo que no recordaba eran aquellos dos botones azules, pequeños y brillantes, que ahora adornaban el escote.



## Capítulo 10

**L**a buscaron por todas partes —continuó la señora Pinkerton—. Pero no hallaron ni rastro de Lucy Grey.

La policía interrogó a todos los que habíamos estado con ella. En el hotel nadie la había visto ni había escuchado nada.

Al parecer, yo era la última que había tenido contacto con Lucy antes de que desapareciera.

Les conté todo, por supuesto. Les dije que desde el día anterior ella no se sentía bien. Les dije que temía desaparecer. Les dije que estaba... que se creía... hechizada.

Pensé que la policía se me iba a reír en la cara, pero no. En su lugar, dijeron: "Interesante".

*Supe que también interrogaron a la señorita Larden. Pero no pude saber de qué se habló en esa entrevista. Al día siguiente ella ya se había marchado del hotel y no se volvió a mencionar su nombre.*

*Confieso que sentí alivio. ¿Y si en verdad era una bruja y ahora venía por mí? No sabía qué pensar...*

*La mañana en que regresamos a Oxford hablamos con la policía. Nos dijeron que tenían dos hipótesis.*

*La primera era que estaba huyendo de algo, y había inventado lo del hechizo para disimular su huida. Según esta teoría, Lucy Grey era una simuladora, una de esas mujeres que fingen ser lo que no son con algún propósito oculto.*

*La segunda era que se trataba de una mujer desequilibrada. En ese caso, tarde o temprano la encontrarían en otro lugar, diciendo que había perdido la memoria, o que era otra persona. Afirmaron que había casos así.*

*Tu padre, lógicamente, se inclinaba por la segunda opción.*

*—No quería mencionártelo —me dijo—, pero desde el comienzo sospeché que algo no andaba bien con tu amiga. Tenía un comportamiento demasiado extravagante para estar en su sano juicio. ¿No piensas así, querida?*

*Una vez más me quedé sin argumentos para contradecir a tu padre.*

*Me sentía muy confundida. Todo lo que me había contado Lucy sonaba tan verdadero... tan real... Pero no podía ser cierto. Yo tenía que ser*

*razonable, o iba a volverme loca. Entonces decidí poner punto final al asunto, y me dije: "Nadie desaparece por un hechizo. Y las brujas no existen".*

*—¡Pero sí existen!*

*La señora Pinkerton gritó, levantándose de su sillón:*

*—¡Ahora lo sé! ¡Todo era cierto! —con su bastón apuntó hacia el muro de la casa vecina—. ¡Esa bruja hizo desaparecer a mi amiga!*

*Un trueno estalló sobre sus cabezas. La sala pareció estremecerse y se escucharon los postigos de una ventana, en el piso superior de la casa, batirse con las ráfagas del viento. Las luces de la sala descendieron bruscamente, y por un instante los dos permanecieron en penumbras.*

*—¡Jesús...! —exclamó Edmund, incorporándose de su sillón—. No recuerdo una tormenta así... —comenzó a decir, cuando...*

*...la sala quedó completamente a oscuras.*

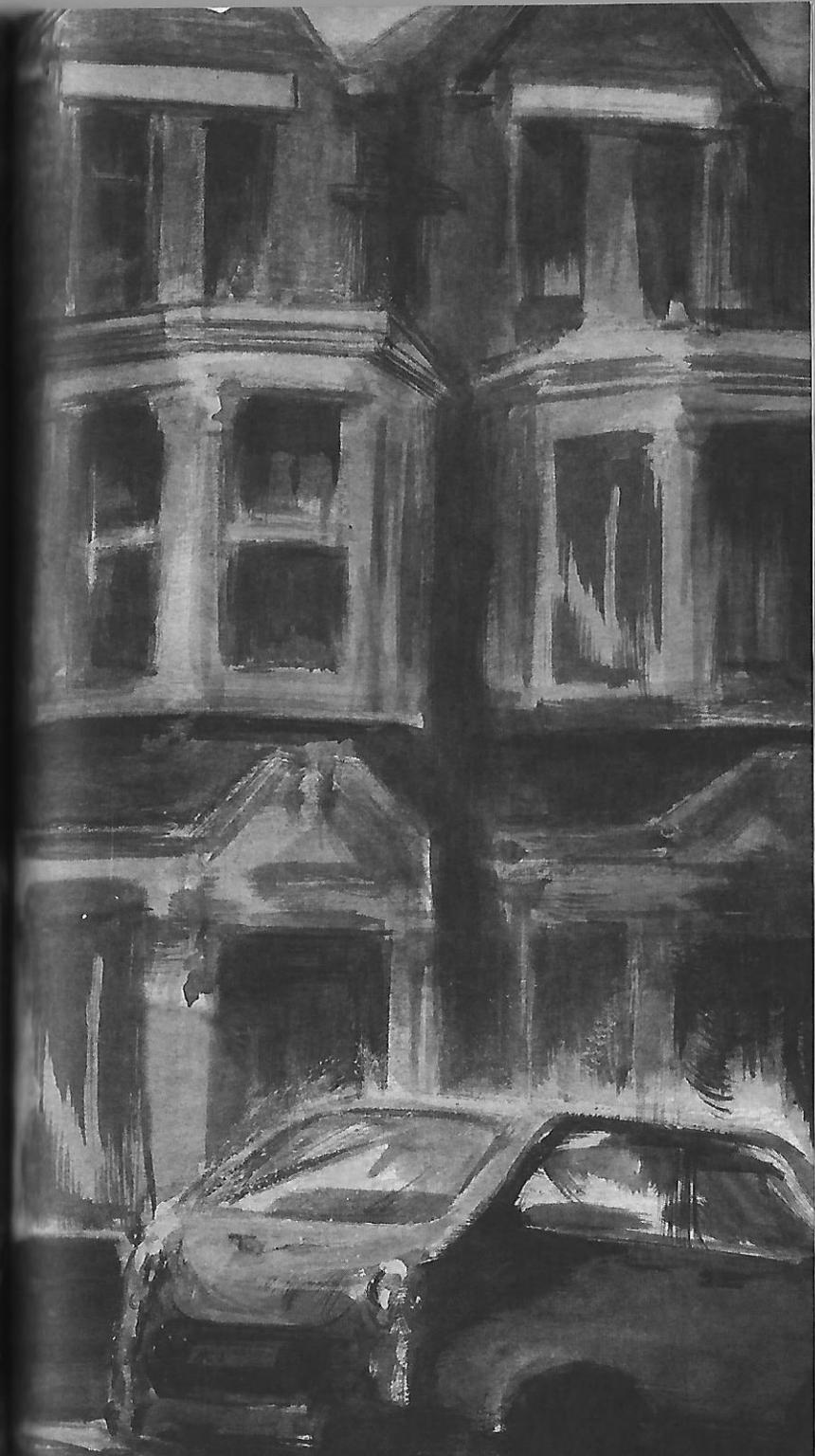
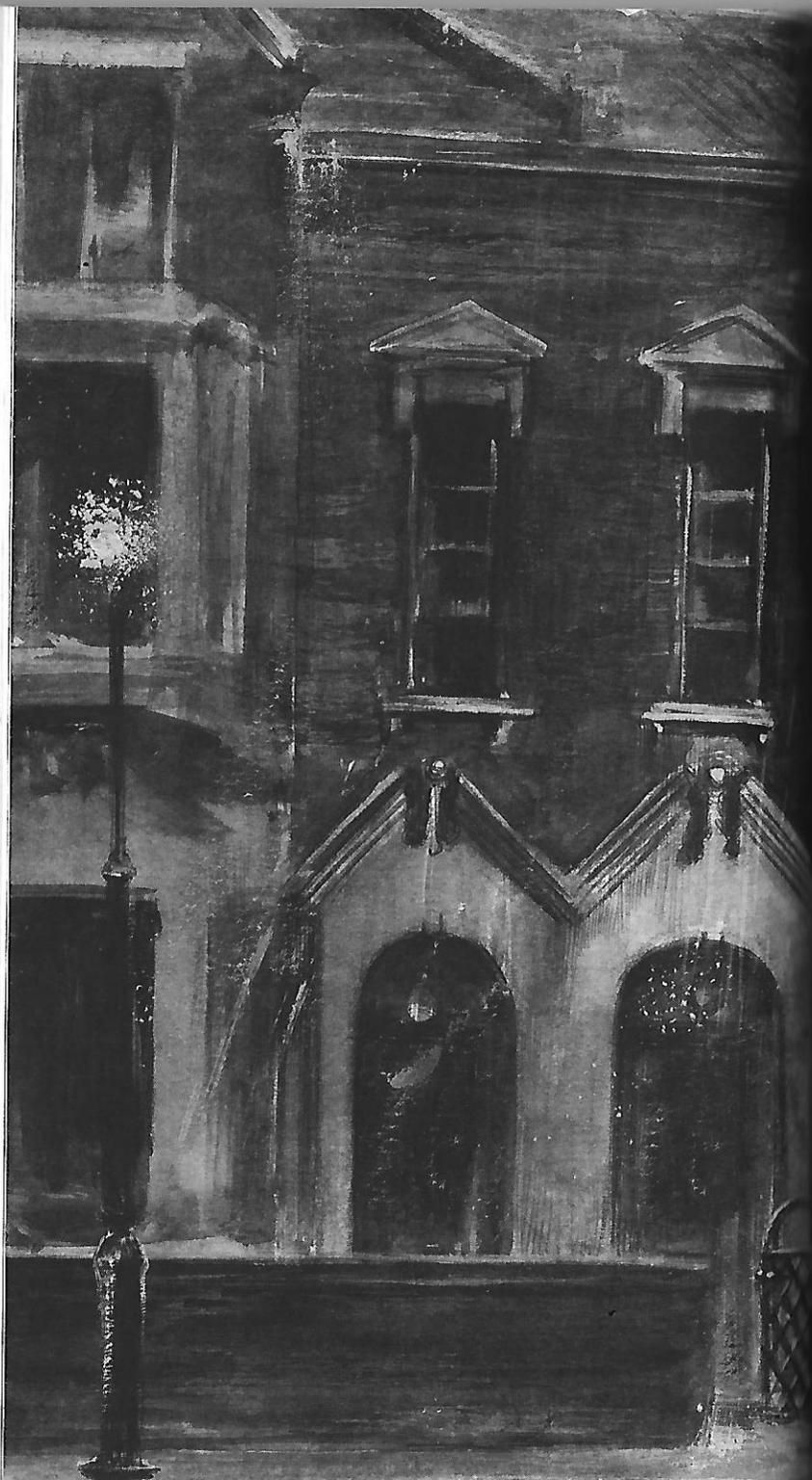
*—¡Edmund!*

*—Tranquila. Es solo un corte de luz por la tormenta... la electricidad regresará enseguida.*

*—...*

*Desde afuera solo se escuchaban el bramido del vendaval y el rumor del agua que desbordaba las calles.*

*—¿Madre?*



## Capítulo 11

**E**n la oscuridad de la sala se oyó un sonido sordo, como si algo se hubiese derrumbado sobre la alfombra.

—¿Madre?

—Estoy aquí...

Las luces de la sala se encendieron nuevamente.

Edmund vio a su madre con la espalda apoyada contra la pared. Tenía los ojos muy abiertos y con las dos manos empuñaba su bastón. A sus pies, sobre la alfombra, unos rollos de lienzo se habían caído del caballete.

—Debí tirarlos con el bastón...

—Vámonos —dijo Edmund—. Llamaré al colegio de Alice para avisar que tal vez me demore.

Sacó el celular y marcó el número del colegio. Sonaba ocupado.

—Abrígate bien. Esto se está poniendo cada vez peor... —Edmund miraba por la ventana con ansiedad—. No sé si podré llegar a tiempo con esta tormenta.

—¡Tengo que preparar la ropa! —la señora Pinkerton comenzó a moverse, nerviosa—, buscar a Picasso, isu comida! Oh, ¿dónde está Picasso? ¿Por qué no habrá vuelto? ¡Picasso!

—¡Nos tenemos que ir ya! —Edmund tomó su abrigo del perchero—. Después volveré por Picasso.

—¡No! ¡No dejaré a mi gordo aquí solo!

Edmund miró a su madre. Estaba convencida de que iba a desaparecer. Y él ya no disponía de tiempo para hacerla entrar en razones. Solo quedaba usar el sentido común, y el sentido común decía:

*Nadie desaparece en el aire.*

—Como quieras. Yo tengo que irme ya mismo. Alice no puede quedarse sola esperándome con este tiempo.

—¿Y qué hago yo, entonces?

Él se acercó a su madre, la tomó suavemente de los hombros, y dijo con el tono más tranquilizador que pudo:

—Te diré lo que vas a hacer. Vas a ir a tu dormitorio, armarás tu bolso con la ropa de

dormir, y te abrigarás. Después prepararás un té y me esperarás sentada aquí, en este sillón, con tu gato hermoso. En unos momentos estaré de regreso, con Alice.

—Pero...

—Me gustaría que fueras razonable, madre, y entendieras que es lo mejor que podemos hacer dadas las circunstancias. ¿No lo crees así?

La señora Pinkerton lo miró como si fuera a decirle algo, pero no pronunció palabra.

Él continuó:

—Serán solo unos minutos...

Ella lo interrumpió:

—Lo entiendo perfectamente. Tienes que irte ahora.

Y dirigiéndose hacia el pasillo que conducía a las habitaciones, la señora Pinkerton asintió:

—Prepararé el bolso y estaremos listos cuando regreses.

Edmund abrió la puerta. El viento helado y la lluvia golpearon su rostro. Y en el instante en que salía, volvió a escuchar la voz de su madre:

—¡Hijo, por favor, date prisa!



## Capítulo 12

Edmund salió de la casa atormentado por sus pensamientos.

Era evidente que algo malo estaba pasando en la cabeza de su madre. ¿Había enfermado porque se sentía sola? ¿Acaso él no la había cuidado lo suficiente? ¿Había sido un mal hijo? ¡Oh, Dios...!

Corrió hacia el auto bajo la lluvia. Apenas entró tomó el celular y marcó nuevamente el número del colegio de Alice. Otra vez ocupado.

—¡Maldición! —masculló.

Puso el auto en marcha. El colegio no quedaba muy lejos, pero estaba diluviando y conducir en la ciudad bajo esa tormenta prometía ser una tarea infernal.

Esa tarde Alice notó tres cosas extrañas en el comportamiento de su padre.

La primera la advirtió mientras lo esperaba, en el colegio. Él nunca había demorado en ir a buscarla, ni siquiera con tormenta. ¿Qué había pasado?

Alice se hallaba sentada en uno de los antiguos bancos de madera, en el hall de entrada. Había quedado ella sola. Para no pensar en eso subió el volumen de sus auriculares hasta que logró silenciar los sonidos de la tormenta. Esperaba que no le hubiera sucedido nada malo a su papá...

Minutos después vio que la directora se acercaba a ella:

—Alice...

Se sacó los auriculares de un tirón y preguntó:

—¿Qué pasa?

—Es tu padre. Está en la puerta. No podía comunicarse.

Alice sonrió aliviada, tomó su mochila y corrió escaleras abajo.

La segunda cosa extraña que Alice notó esa tarde sucedió después de subir al auto. Su papá la abrazó, cariñoso como siempre, y le preguntó cómo le había ido ese día en el colegio.

Pero la expresión en su rostro no era la misma de todos los días. Esa tarde su papá tenía una mirada seria, distinta. Era miércoles, y los miércoles venía de visitar a su abuela, y su abuela era difícil...

Sin embargo, Alice notaba que esta vez *algo más* estaba sucediendo.

—¿Vienes de la casa de la abuela? —preguntó.

Edmund estaba a punto de responder, cuando sonó su celular. Lo tomó. Era su esposa.

—Hola, Patricia.

—¿Ya estás con Alice?

—Sí, me demoré un poco, pero ya está conmigo. Fue una tarde complicada...

—¿Qué tormenta tan horrible...!

—Patricia... tengo que decirte algo. Mi madre se quedará a dormir en casa esta noche... tal vez esté con nosotros unos días.

Del otro lado de la línea se escuchó un silencio, y después:

—¿Cómo?

—Te lo explicaré más tarde. Necesito que prepares el cuart...

—No, querido. Explícamelo ahora.

Edmund inspiró profundamente, miró a Alice a través del espejo retrovisor, y le pidió:

—Hija, ¿me harías el favor de colocarte los auriculares? Necesito hablar con tu madre un momento... en privado.

Y, para Alice, esa fue la tercera cosa extraña de la tarde.

Su papá nunca le había pedido que se pusiera los auriculares para hablar con su mamá.

Algo estaba pasando.

Alice le sonrió a través del espejo, presionó *play*, y fue bajando el volumen hasta que pudo escuchar perfectamente lo que su papá decía al teléfono:

—No lo vas a creer. Mi madre piensa que ha sido hechizada y que va a desaparecer.

Después de otro silencio:

—¿Qué?

—Lo que oyes. *Hechizada*. Según ella, la mujer que compró la casa de al lado es una bruja a la que conoció hace cincuenta años. Dice que en aquella ocasión hizo desaparecer a una mujer en un hotel.

—¿La vecina? ¿Una bruja?

—Sí, la vio ayer en la vereda. Dice que al principio no la reconoció. Se presentaron, tomaron el té y en un momento le dijo que *iban a ser muy buenas amigas*. Ahí fue cuando se dio cuenta de que era la bruja, la bruja que hizo desaparecer a aquella mujer.

—¡Vaya...!, dicen que las brujas se reconocen entre ellas...

—No estoy para bromas, Patricia. Tendrías que verla, está desesperada...

—Lo siento, Edmund, pero... no entiendo nada. ¿Por qué tu madre dice que va a desaparecer?

—Porque a esa mujer del hotel le había dicho lo mismo, y con eso la hechizó. Según ella, esta bruja hace desaparecer diciendo esas

palabras. *Usted y yo vamos a ser amigas...* o algo por el estilo.

—Pero, Edmund, mucha gente dice esas cosas...

—Es cierto, pero la endiablada casualidad es que la vecina se llama igual que la bruja, y también fuma con boquilla.

—Entonces... ¿no podría ser la misma?

—Imposible. Yo la vi, me la crucé la semana pasada y es una mujer joven, más joven que yo. No puede ser la misma persona de hace cincuenta años.

—Creo que deberías hablar con su médico.

—Sí, hablaré con el doctor Serling.

—Lo que digo es que deberías hablar ahora.

—Está bien, querida. Le hablaré ahora mismo. Nos veremos en casa.

Edmund cortó y buscó en la agenda el número del doctor Serling:

—¿Doctor Serling?

—Sí, él habla.

—Soy Edmund Pinkerton, el hijo de su paciente, la señora Pinkerton.

—¡Oh, sí! ¿Se encuentra ella bien?

—Me temo que no. Acabo de verla. Está muy alterada. Parece obsesionada con una mujer, una vecina que conoció ayer.

—Ajá...

—Sí, ella afirma que... esa mujer es una bruja.

—¿Una bruja?

—Se imaginará mi sorpresa. ¡Mi madre nunca creyó en esas cosas! Pero ahora dice que

esa vecina la espía, que la escucha a través de las paredes...

—A través de las paredes... Mmm...

—Sí, y dice que se está preparando para atacarla. Que ayer la amenazó.

—¿La amenazó?

—Sí, según ella la amenazó diciéndole que serían muy buenas amigas.

—¿Mmm...!

—¡Afirma que la va a hacer desaparecer!

—¡Oh...!

—¿Qué es esto, doctor? ¿Ha notado usted algo raro en ella la última vez que la vio? ¿Por qué mi madre de la noche a la mañana dice estas cosas?

—¿Qué extraño...! Me sorprende usted con lo que me cuenta. Ese tipo de perturbaciones no aparece de un día para el otro.

—Estoy muy preocupado, doctor...

—No se desespere. Mañana la veré en la consulta. Si es necesario acudir a un especialista, lo haremos.

—Está bien doctor, pero... ¿desaparecer? ¡No es posible que mi madre piense que va a desaparecer!

—¿Que no es posible? Créame, señor Pinkerton, en el reinado de la mente todo es posible. Todo es posible en...

—¿Doctor Serling?

El celular estaba mudo. Se había quedado sin señal.

Al llegar a la esquina, Edmund dobló para tomar la avenida que lo conducía a la casa de la señora Pinkerton. Se encontró con una larga fila de autos que esperaban para avanzar. Un embotellamiento.

—Oh, no...

## Capítulo 13

La lluvia caía con furia sobre la columna de autos detenidos en Abingdon Road. El viento formaba fantasmas de agua que corrían a lo largo de las calles y se arremolinaban en torno a las fachadas de los edificios.

Llevaban allí más de veinte minutos y apenas habían logrado avanzar unas pocas cuerdas. Adentro del auto, Edmund consultaba su reloj a cada rato. En el asiento de atrás, Alice había sacado su tableta de la mochila e intentaba conectarse, sin suerte.

Después de escuchar todo lo que su padre había contado por teléfono, en la cabeza de

Alice las preguntas se movían en todas las direcciones.

¿Qué pasaba con su abuela? ¿Estaba enferma? Su papá también había hablado con un médico. ¿Había una enfermedad que hacía creer en brujas? ¿Qué había dicho el médico?

Su abuela siempre había sido odiosa. Pero no era ninguna tonta. Si decía que la vecina era una bruja, lo decía por algo.

Necesitaba saber...

En la pantalla, finalmente, apareció la página de inicio de Google.

—¡Me conecté! —exclamó Alice.

—Qué bueno, así no te aburres. Yo le hablaré a la abuela para avisarle que nos demoraremos un poco.

Edmund marcó el número de la casa de la señora Pinkerton. Llamó una, dos, tres... cuatro veces.

Alguien atendió.

—Madre, soy Edmund.

—...

—¿Hola? ¿Me escuchas? Soy Edmund, llamo para decirte que vamos en camino, pronto estaremos allí.

—...

—Hola... ¿Puedes oírme?

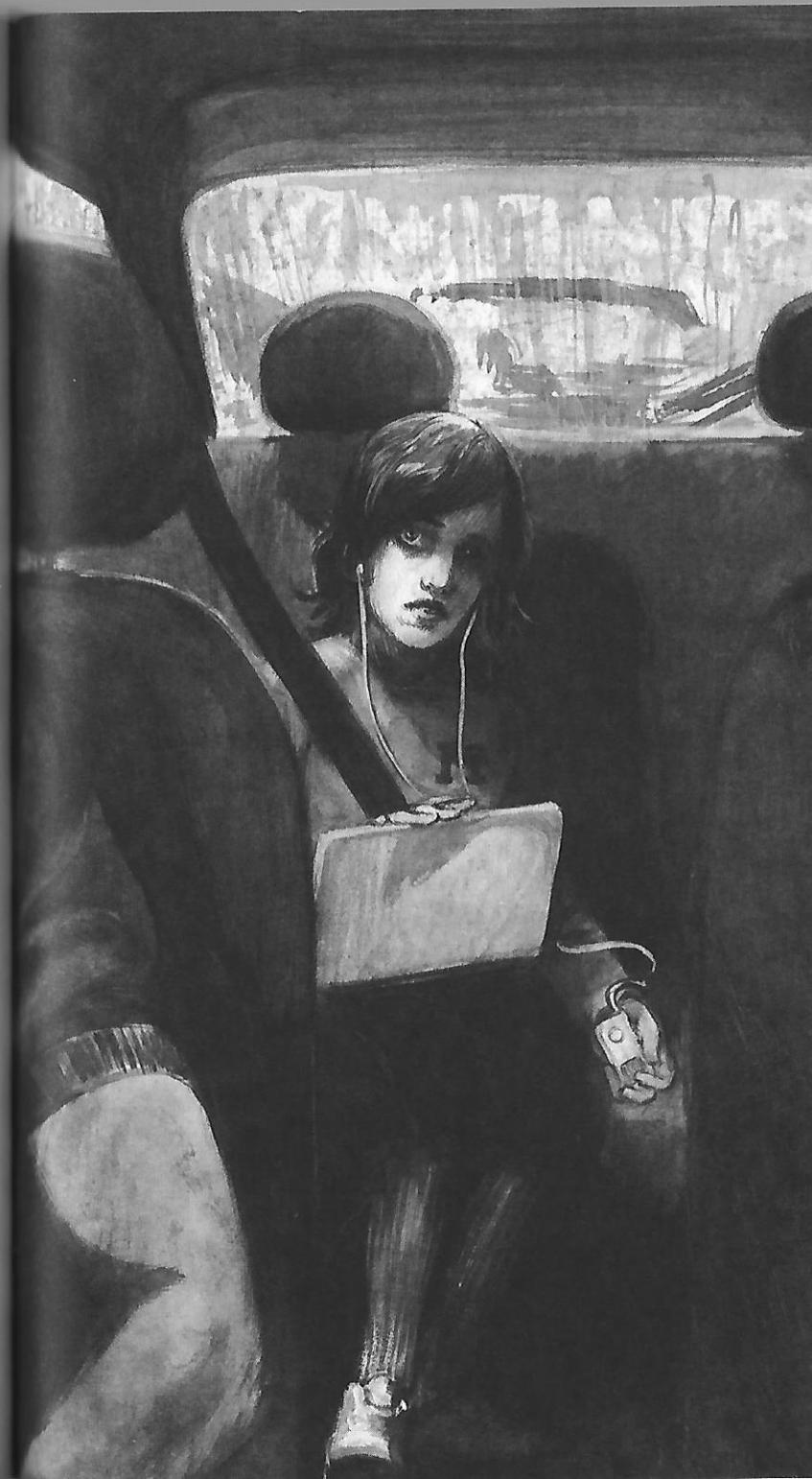
—...

—¡Madre, habla por favor!

—Edmund, ¡sácame de aquí...!

—Ya estamos cerca, vamos a buscarte...

—¡No!



—¿Qué pasa...?

—...

—Madre, ¿qué pasa?

—¡Oh, hijo...! ¡Nunca dejará de llover en Cornwall?

78

La voz de la señora Pinkerton parecía alejarse y retornar, como el silbido que producen las radios antiguas, y se mezclaba con el sonido de la lluvia. Después escuchó... ¿un grito? ¿Su madre estaba gritando?

La comunicación se cortó.

Edmund permaneció un instante con el teléfono en la mano. En el auto solo se oía el ruido del agua golpeando los vidrios y el movimiento mecánico y regular de los limpiaparabrisas.

Mientras tanto, Alice ya había escrito tres palabras en el buscador:

*bruja amiga desaparecer*

## Capítulo 14

El primer sitio que apareció en la lista fue *Witchpedia.com*, y la página a la que remitía mostraba:

### **La bruja Metsküla** El orgullo de una bruja

Son llamadas así porque provienen de los profundos bosques de Metsküla, en el oriente de Lituania.

A diferencia de todas las demás, la bruja Metsküla no posee en su cuerpo marca visible de bruja, ningún signo de deformidad que delate su

condición. Su única marca es su hermosura. Por este motivo es odiada por el resto de las brujas, y para el común de la gente es muy difícil de descubrir.

Se estima que viven alrededor de doscientos años, y no envejecen hasta el momento de morir. Su eterna juventud las obliga a mudarse de región varias veces en su vida para no despertar sospechas y evitar ser identificadas.

Las brujas Metsküla se distinguen porque son poderosas, bellas e ingeniosas.

Pero esconden una gran debilidad: pueden ser destruidas muy fácilmente.

Para las brujas Metsküla el amarillo es un color mortal, y el simple contacto con una prenda de ese color es suficiente para acabar con ellas al instante.

Se afirma que no hay nada más horrible que el espectáculo de ver consumirse a una bruja Metsküla cuando su cuerpo es tocado por un tejido amarillo.

Por eso, para ellas, no ser descubiertas es una cuestión de vida o muerte.

El principal rasgo de las brujas Metsküla es su vanidad.

Así como los vampiros necesitan sangre para alimentarse, ellas necesitan ser admiradas por lo que son: seres extraordinarios. Y durante toda su existencia buscan ocupar posiciones de fama, poder o prestigio para sentirse satisfechas.

Se consideran superiores al común de las brujas, a las que desprecian por considerarlas "meras

hechiceras resentidas dedicadas a asustar niños, hacer pocimas y otros asuntos menores".

## El espejo del orgullo

La gran amenaza para las brujas Metsküla son las mujeres muy orgullosas. Son sus peores enemigas. Porque ellas tienen el don de descubrirlas con solo mirarlas a los ojos.

Y es tal el odio que sienten estas brujas por las mujeres orgullosas, que su placer consiste en hacerlas desaparecer en su propio orgullo.

El hechizo de las brujas Metsküla se ejecuta en tres pasos: encantamiento, hechizo y transformación.

### 1. Encantamiento

Cuando la bruja percibe o sospecha que ha sido detectada por una de estas mujeres, no puede perder tiempo. Tiene que atraerla, encantarla, y hacerla hablar. Como sus víctimas siempre son mujeres vanidosas, la bruja no demorará en escuchar de qué se sienten tan orgullosas.

### 2. Hechizo

Al finalizar el encuentro, la bruja pronunciará su hechizo. Es un hechizo de palabras, y lo dirá escondido en una frase amable, afectuosa, que anuncie amistad o unión con la víctima.

Esas palabras, como un veneno, se apoderarán de la pobre mujer, que a partir de ese momento no podrá sacarse a la bruja de la cabeza.

Es un hechizo ingenioso, pues puede decirse frente a testigos, en una fiesta por ejemplo, como se supone sucedió en el caso del embrujamiento de Lady Margaret Lytton.\*

Es común que la mujer hechizada sufra fatiga, cambios de humor, alucinaciones, y se observa, casi siempre, un notorio descuido personal (no se higieniza adecuadamente, no se peina, no se cambia de ropa).

Esta etapa se prolonga entre uno y dos días.

Mientras tanto, la bruja elegirá en qué ser u objeto convertirá a su víctima. Este tendrá que reunir dos condiciones:

- ♦ Debe ser algo de lo que la víctima se sienta orgullosa.
- ♦ Debe haber tenido contacto con el cuerpo de la mujer en los tres días anteriores a la transformación.

### 3. Transformación

Hay muchos tipos de transformaciones. En cada caso la bruja decide cómo la realizará.

Después del hechizo, pasado el tiempo necesario, la bruja esperará a que la víctima se encuentre sola para llevar a cabo la transformación.

El proceso demora varios minutos, durante los cuales la vanidosa mujer nota que sus formas comienzan a cambiar.

Son momentos pavorosos.

Porque en esos momentos la víctima ve en lo que se está convirtiéndose. Y cómo será por el resto de su existencia.

En la creencia popular la bruja Metsküla hace desaparecer a las mujeres vanidosas. Esto se debe a que la mayoría de los embrujos Metsküla se confunden con simples desapariciones. Sin embargo, se conocen tres casos de transformaciones:

### Wanda Landowska (1746)

Wanda Landowska desapareció la noche del 17 de julio de 1746, en la ciudad de Cracovia. Pertenecía a la nobleza polaca y era una amante de las joyas. Todas las noches dormía con un collar de perlas y los pendientes puestos, por las dudas despertase con la casa en llamas, y hubiese que salir de prisa.

Después de una jornada entera de entrevistar niñeras para su hijo Lukasz, de cinco años, la señora Landowska se retiró a dormir, "extenuada", según la servidumbre.

Al día siguiente permaneció en su cuarto durante todo el día. Cuando la fueron a llamar, a la hora de la cena, la señora Landowska había desaparecido.

No fue sino hasta tres años después, cuando su marido acomodaba las joyas de la familia, que volvió a ver a su esposa perdida.

La encontró en un camafeo de ágata y oro. Solo se veía su cabeza, de perfil, inmóvil, y con el cuello desnudo.

Se cree que la bruja Metsküla se hallaba entre las postulantes a niñera. Desafortunadamente, la señora Landowska la había descubierto.

### *La cocinera de los Romanov (1894)*

Este caso se pudo conocer por la confesión de la propia bruja, bajo amenaza de los soldados bolcheviques de echarle un manto amarillo encima. Admitió haber hechizado a Olga Petrova, la jefa de cocineros de los Romanov, durante la boda de Nicolás II, en Rusia, en 1894.

Olga Petrova se consideraba la mejor cocinera de Europa, y tenía su reputación bien ganada. Los banquetes del Palacio Romanov eran célebres. La fama de su "pastel real", también conocido como "imperial ruso", había traspasado las fronteras de Rusia. Pero nadie más que ella lo sabía hacer. Era su invento y su secreto.

La familia real tenía una alta estima por sus servicios, y solo por eso le toleraban su vanidad y su temperamento.

Cuando entraba a la cocina del palacio todo el personal parecía dejar de respirar, del miedo que infundía. Y es conocida la anécdota de cuando a uno de los cocineros le hizo comer un cerdo entero porque, según ella, el color que tenía al salir del horno no era el correcto.

La bruja formaba parte del cuerpo de doncellas de Alejandra, la futura zarina, y a poco de llegar al palacio, antes de la boda, tuvo un encuentro con Olga Petrova. Sucedió en la cocina, una noche que bajó por agua caliente.

Apenas se miraron, la bruja supo lo que tenía que hacer.

Durante el encantamiento, Olga Petrova le contó su secreto máspreciado: la receta del pastel real. Y con eso selló su destino.

Dos días después, la bruja la convirtió en el misterioso y exquisito pastel que la había hecho famosa en todo el continente. La sirvieron en treinta bandejas, a la hora de los postres, en la boda del zar.

Dicen que Nicolás II la hizo llamar para felicitarla, pero Olga Petrova nunca se presentó.

Acababan de comérsela.

### *\*Lady Margaret Lytton (1948)*

El caso de la horrenda transformación de Lady Margaret Lytton, en 1948, en Inglaterra, es el único del que existen registros fotográficos, aunque solo es posible acceder a uno de ellos.

Lady Lytton era conocida por ser una de las primeras amazonas profesionales de Inglaterra. Practicaba la equitación desde niña, y en su establo tenía cuatro ejemplares de caballos, todos únicos, que ella misma había comprado en distintas partes del mundo. Se enorgullecía de uno en particular, Yassub, que había hecho traer de Arabia.

También era conocida por su carácter endemoniado y sus arranques de ira, cuando perdía una competición o las cosas no salían como ella quería.

Para festejar su cumpleaños, Lady Lytton y su marido ofrecieron una fiesta en los jardines de

su mansión de Southampton, el 23 de agosto de 1948. La lista de invitados era muy selecta. Solo gente de la nobleza y personalidades de la época. Esa fue una espléndida noche de verano, y no se recuerda que hubiera sucedido nada extraño durante la velada.

Al día siguiente, Lady Lytton se quejaba de dolores musculares. En un momento comenzaba a gritar y a dar órdenes a todo el mundo, y al siguiente se encerraba en su cuarto a llorar. Todos en la mansión estaban acostumbrados a la personalidad de Lady Lytton, pero percibieron que ese día algo diferente ocurría con la señora.

Dicen los testigos que esa madrugada la escuchaban vociferar:

—¡¡¡No quiero que sea mi amiga!!!

Cuando la doncella fue a llevarle el desayuno, a la mañana siguiente, Lady Margaret no estaba en su habitación.

Casi al mismo tiempo, desde la casa se escucharon los ruidos de una agitación en el establo. Relinchos, gritos, el sonido de maderas al romperse y después el galope espantado de tres caballos.

Todos corrieron hacia allí para ver qué pasaba.

Algunos testigos afirman que Yassub, el caballo árabe, ahora tenía cabeza de mujer. Otros dicen que no, que la cabeza había cambiado, pero que no era humana, ni de caballo.

Pero todos coincidieron en que las crines, rubias y sedosas, eran idénticas a la cabellera de Lady Margaret.

El animal estaba aterrorizado.

—Llegamos —dijo Edmund.

El coche se detuvo frente a la casa de la señora Pinkerton.

## Capítulo 15

—**E**spérame aquí, Alice. Enseguida regreso con la abuela —le dijo su papá antes de salir del auto.

—¿Puedo bajar?

—No.

—Tengo que ir al baño —mintió Alice.

Edmund suspiró:

—Está bien, pero abrígate. Hace frío.

Había dejado de llover. En la calle los faroles ya estaban encendidos y reflejaban su luz sobre el pavimento mojado. La tarde llegaba a su fin.

Alice siguió a su papá por el pequeño jardín hasta la entrada de la casa.

Edmund llamó a la puerta.

Nadie respondió.

Volvió a llamar.

Alice miró con disimulo hacia las casas vecinas. Se preguntaba cuál de las dos sería la de la bruja. Ambas estaban completamente a oscuras.

Ahora su papá golpeaba la puerta con las manos. Comenzaba a impacientarse.

—Pensé que estaría lista —murmuró sacando un llavero de su bolsillo. Después de buscar la llave, la introdujo en la cerradura y abrió la puerta.

En la sala no había nadie.

Edmund se precipitó al interior mirando hacia todos lados, hasta que reparó en el bastón de la señora Pinkerton. Se hallaba reclinado sobre uno de los posabrazos del sillón en el que su madre había estado sentada esa tarde.

Lo observó un instante y después hizo un gesto, como si quisiera sacarse un pensamiento de la cabeza:

—Debe haberse quedado dormida mientras nos esperaba —y fue al pasillo que conducía hacia los cuartos de la planta baja, llamándola:

—¡Madre, ya llegamos!

Mientras tanto, Alice no paraba de pensar... Si le decía a su padre lo que había leído en

Internet, él sabría que ella había escuchado sus conversaciones. Pero ¿y si la abuela no aparecía? No, eso no podía ser. Seguro estaba dormida, como decía su papá. Iba a aparecer en cualquier momento.

Dio unos pasos observando los muebles, las paredes repletas de cuadros, la chimenea, las lámparas encendidas... Notó que un cuadro se hallaba en el suelo, apoyado contra la pared, y el viejo teléfono de la casa, descolgado.

Su papá había hablado por teléfono con la abuela, desde el auto. Recordaba su cara de preocupación cuando la llamada terminó. ¿Qué había pasado? ¿Por qué su abuela no había colgado el teléfono?

Escuchó cómo se abría la puerta de una habitación, y la voz de su papá:

—¡Madre!

Decidió ayudarlo a buscar a la abuela.

Fue a la cocina. No había nadie, pero sobre la mesa vio un servicio de té. La taza estaba vacía. Tocó la tetera. Estaba tibia.

Otra vez se escuchó la voz de su papá, ahora desde el fondo de la casa:

—¡Madre!

Alice se quedó en la cocina. Seguramente allí había muchas cosas que la abuela había tocado... Vio, sobre la mesada, al lado de la cafetera, un budín. ¿Lo habría hecho la abuela? Se acercó para mirarlo de cerca.

Parecía igual que todos los budines...  
 ¿Estaba esperando ver a su abuela convertida por la bruja? ¿Eso quería ver? No, no quería ver eso.

Su padre se asomó por la puerta de la cocina. Alice lo notó nervioso:

—¿No tenías que ir al baño?

—Sí, papá, ahora.

—Por alguna razón tu abuela decidió subir a la planta alta —Edmund se dirigió a la escalera.

Eso era raro. Alice sabía que la abuela hacía años que no subía las escaleras.

No quería pensar... no quería pensar en las cosas que podían hacerles las brujas Metsküla a sus víctimas.

Fue al baño. En ese baño todo era blanco. Alice abrió el grifo del lavatorio y dejó correr el agua. A través del espejo vio que la cortina de la bañera estaba cerrada y no dejaba ver del otro lado.

¿Se habría fijado su papá detrás de la cortina?

Se paró frente a la ducha, y tomó aire. Había escuchado acerca de gente que tenía accidentes en los baños.

Con cuidado, Alice extendió el brazo y corrió la cortina.

Vio la ducha, un estante con elementos de tocador y un banquito de plástico. Nunca había visto un banquito en una ducha. La abuela se bañaba sentada en un banquito...

Cerró el grifo y entonces, cuando abría la puerta para salir, divisó una cosa negra que cruzaba el pasillo.

¿El gatito Picasso?

El gato... ¡tenía que saber dónde estaba la abuela! Picasso nunca se separaba de ella.

Cuando Alice salió del baño encontró el pasillo desierto. Pensó que el gato había entrado al dormitorio de la abuela, y fue hacia allí.

Mientras tanto, oía a su padre abrir y cerrar puertas, en el piso de arriba.

En el dormitorio lo primero que vio fue la cama tendida, y sobre la cama, un bolso. En una silla había un piloto y, en el piso, dos botas de goma para lluvia. Arriba del respaldo de la cama se hallaba colgado uno de los paisajes de la abuela. La abuela solo pintaba paisajes. A ella no le gustaban, pero le llamaba la atención que tuvieran títulos. Se acercó para leer el de ese cuadro: *Atardecer en Dorset*.

Su papá decía que la abuela estaba muy orgullosa de sus cuadros...

En ese momento oyó un ruido suave, en algún lugar, detrás de ella.

Alice se dio vuelta rápidamente y preguntó:

—Abuela, ¿estás ahí?

Volvió a escuchar ese ruido. Provenía de la habitación, pero no sabía de dónde.

Entonces advirtió que algo salía de abajo de la cama y se escabullía por la puerta abierta.

¿Picasso?

Alice salió al pasillo y lo vio. Era él. Desde atrás solo pudo ver el movimiento sinuoso de su cola.

—¡Picasso!

El gato entró rápidamente a la sala. Parecía asustado. Ella lo siguió.

Otra vez, solo alcanzó a ver la cola del gato, que ahora se escondía debajo de un armario. Era el armario en el que su abuela guardaba los pinceles y sus cosas de pintura, en un extremo de la sala.

—Minino, ven... —Alice lo llamó.

Pero el gato permaneció escondido.

Su padre estaba bajando las escaleras. Por la expresión de su rostro, a Alice no le hizo falta preguntar.

¡La abuela tampoco estaba en la planta alta!

—Y no veo al gato por ninguna parte... —murmuraba su padre.

—¡Se escondió ahí! —Alice señaló hacia el armario—. No sé por qué se esconde.

—Tu abuela dice que no le gusto —respondió su papá con rabia, y se aproximó unos pasos hacia el armario. Y aunque Picasso estaba fuera de su vista, le gritó:

—¿Y tú?! ¡¿No viste dónde fue mi mamá, gato sarnoso?!

Su papá estaba perdiendo el control.

—¡Lo vas a asustar! —Alice lo defendió.

Edmund hizo un gesto de impotencia y se desplomó en un sillón. Se sacó los anteojos

y se pasó la mano por la frente. Alice nunca había visto a su padre así, totalmente desconcertado.

Se preguntó si era el momento de decirle lo que había leído en el auto. ¿Iba a creer la historia de las brujas Metsküla? No, su papá no creía en esas cosas.

¿Y ella, creía?

Si la abuela no estaba en ninguna parte... entonces...

Picasso siempre se había dejado tocar por ella. ¿Por qué ahora huía? ¿Por qué no se dejaba ver?

Alice se acercó cautelosamente al armario:

—Ven aquí, minino... —lo llamó otra vez.

El animal se removía en la oscuridad.

Alice apoyó sus manos sobre el suelo, se recostó en la alfombra, y comenzó a inclinar la cabeza para mirarlo. En ese instante se acordó de la cabeza de Lady Lytton, que “no era humana, ni de caballo...”. De un salto se incorporó y se alejó unos pasos. ¿Qué estaba haciendo?

Se quedó parada, incapaz de moverse.

Su papá, en el sillón, aún no se había puesto los anteojos, pero parecía mirar fijamente el bastón de la abuela.

Y de pronto, el gato salió del escondite. Atravesó rápidamente la sala para sentarse en el suelo, a un costado del sillón de la señora Pinkerton.

Alice lo observó.

Era el mismo Picasso que había visto siempre. Nada anormal. Negro, peludo, con cara de pocos amigos.

Y no pudo evitar preguntarle:

—¿Dónde está la abuela?



Edmund, que ahora se tomaba la cabeza entre las manos, creyó que la pregunta era para él:

—Ella... debe haber salido un momento, es lo único que... —se le quebró la voz.

A Alice le pareció que su papá iba a largarse a llorar y, al verlo, sintió que ella también iba a llorar. Pero no quería. ¡Tenía que hacer algo!, decir algo...

—Papá, ¿por qué ese cuadro está en el suelo?

—Tu abuela lo bajó ayer...

“Lo bajó ayer...”, reflexionó Alice. Su abuela lo había tocado.

Se inclinó para leer el título, y lo leyó en voz alta:

—*Tormenta en Cornwall.*

Edmund giró la cabeza en dirección al cuadro.

“Oh, hijo... ¿nunca dejará de llover en Cornwall?” le había dicho su madre por teléfono.

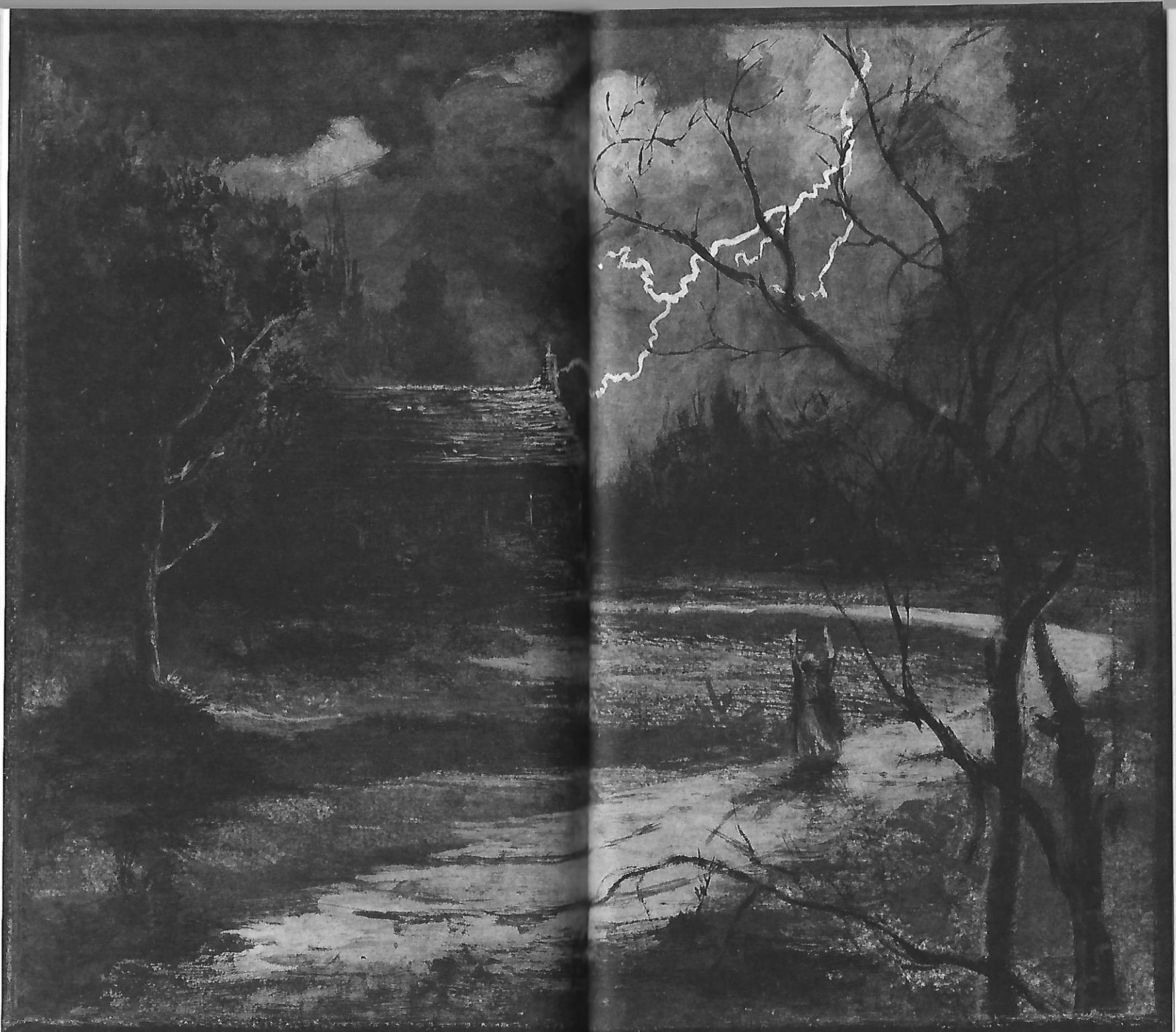
Edmund conocía ese cuadro desde que era niño. La señora Pinkerton estaba orgullosa de la fotografía que había tomado durante aquella tormenta, en Cornwall, y que después había pintado con “tanto realismo”: el instante en que un relámpago cruza el cielo de noche. Con su luz blanca ilumina un viejo granero, al costado de un camino. Se ven las oscuras siluetas de los árboles torcidas por el viento, se ve el granero, el cielo borrascoso... el camino.

En el medio del camino hay una figura.

¿Qué hace eso ahí? Edmund no recordaba haber visto antes una figura en ese lugar. ¡Allí nunca hubo una figura!

Se levantó del sillón y se acercó al cuadro. Lo tomó con las dos manos, y sin dejar de observarlo lo acercó a una de las lámparas.

Se colocó los anteojos, y miró.



Era una figura humana, una mujer. Corría por el medio del camino con los brazos extendidos, como si quisiera escapar de allí. O como si pidiera auxilio. Entonces Edmund reconoció el cabello blanco, el viejo salto de cama, la misma expresión desesperada que le había visto esa tarde...

—¿Qué estás mirando, papá? —preguntó Alice, acercándose.

Edmund sintió que las piernas le fallaban. Lo que estaba viendo no podía ser. El horror y el pincel le habían desfigurado el rostro, pero era... ¡su madre!

Sola, en esa tormenta, adentro del cuadro, y un grito que no iba a terminar jamás...

—¡Oh, Edmund! ¡Sácame de aquí!